

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Sábado 19 de Agosto de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE	SEMI-ANUAL	ANUAL
En Madrid.	10 rs.	20 rs.	36 rs.
En las Provincias.	12 rs.	24 rs.	42 rs.
En el Extranjero.	15 rs.	30 rs.	54 rs.
En las Antillas.	15 rs.	30 rs.	54 rs.
En Filipinas.	15 rs.	30 rs.	54 rs.

Número suelto, un real.

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, admitirán remitidos y encargados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

AÑO II.

LA INTERNACIONAL Y EL GOBIERNO.

Nuestros lectores verán, en nuestro número de antaño, que la carta de exposición que el Consejo federal o regional español de la Internacional ha dirigido al ciudadano ministro de la Gobernación. La trascríbimos a nuestras columnas a título de documento curioso y nada más, sin haber pensado en darle la menor importancia. Mas he aquí que ayer nos encontramos con que un periódico anuncia que el señor Ruiz Zorrilla contestará al Consejo federal, diciéndole que puede la Internacional vivir en España al amparo de la ley; y con que otro periódico ministerial, *La Iberia*, viene dando las mayores seguridades a dicha sociedad, de que no será perseguida mientras no apetezca a la fuerza, provoque luchas, busque su fomento en los disturbios y se declare enemiga del orden y la paz social.

Dice entre otras cosas el periódico ministerial: «Ahora bien, el derecho de asociarse libremente para todos los fines morales de la vida humana está reconocido en la Constitución del Estado. El gobierno se propone y debe respetar la libertad de toda asociación que no destruya los sanos principios y reglas de la moral pública.»

Se considera la Internacional, en este caso? Por nuestra parte creemos que no hay circunstancias especiales que la exceptúen del caso en que se encuentra toda sociedad. Proponese un objeto que nadie ha pensado en condenar por ilícito ni por injusto; la emancipación del proletariado es un término a que todo partido, y todo ánimo liberal y generoso se propone toar. Pero siendo licito el objeto, los medios ordinarios pueden no serlo, y aun siendo estos, pueden no hallarse en tal caso los inespugnables que en ciertas ocasiones se aplican: este caso a que se halla afectada toda comunión puede también comprender a la Internacional, y he aquí por qué hemos dicho que en esta no descubrimos razón alguna de especialidad.

La seguridad y respeto legal que en la comunicación se reclama dependen, pues, de los medios que para conseguir su fin la Internacional emplee, no del gobierno, que tiene su propia señalada; y que allí donde vea atentado contra la moral pública no puede conservar respeto ni otorgar consideraciones.

La Internacional, por lo tanto, tiene en su mano el logro de sus deseos; hágase comunión pacífica, reconque a la fraternidad, propague sus ideas tranquilamente, espere pacífica sus frutos, y si algunos pudieran obtener, en épocas de natural cólera, búsquese sus victorias en la adhesión de los ánimos; no aspire al empleo de violencias, busque en el orden su elemento, no muestre con desorden su impaciencia o su desprecio por las derrotas morales que segun nuestro entender debe sufrir; y así lo hace, a buen seguro que no se verá interrumpida en el objeto a que se dedica. Mil veces hemos dicho que si para nosotros no para la sociedad eran temibles las teorías internacionales, condenadas a la esterilidad por su carácter absurdo; lo que podría parecer temible, hemos dicho también, son los resultados que se emplean para realizarlas, si aquellos fueran de género violento y perturbador.

Como se ve, la Internacional no puede menos de quedar satisfecha; pedir más, fuera en ella una gollería. Perseguida en toda Europa, sea la refugio a esta parte de África, como dicen algunos franceses, que comienza en los Pirineos; aquí puede vivir tranquila, aquí puede llamar a todos sus adeptos que huyan de todas partes; aquí puede fomentarse y crecer; aquí puede prepararlo todo para su gran día; aquí encontrará amorosa protección por parte del gobierno, pues hay una Constitución que reconoce, sanciona y protege todas las asociaciones para los fines morales de la vida humana, siempre que no sean jesuitas, frailes y monjes, y otras no menos terribles sociedades, cuyos fines deben ser, por lo visto, altamente inmorales en la vida humana.

No verán nuestros lectores y no lo creerán, apenas podrán imaginar tamaña insensatez. Desde las regiones oficiales se va a proclamar y ya se ha proclamado desde las columnas del mas ministerial de todos los periódicos, que la Internacional tiene un objeto moral, pues se limita a la emancipación del

proletariado, objeto que, segun muy seriamente dice el periódico a quien aludimos, «nadie ha pensado en condenar por ilícito ni por injusto.» Esto se dice cuando están funcionando los consejos de guerra en Versalles; cuando la prensa está publicando el proceso de los acusados; cuando la capital de la nación vecina está cubierta de escombros por la causa de todos los cóleras; cuando se ha anunciado la formación de una liga europea, para combatir a la Internacional; y cuando hay quien ignore lo que es la Internacional, ni cuáles son los medios de que se vale, y al fin que aspira a conseguir.

El gobierno se propone cruzarse de brazos, dejar a esa sociedad que prepare todos sus elementos, que organice su personal, que lo haya terminado todo; porque, al fin y al cabo, todo está dentro de la Constitución, segun el periódico ministerial; y cuando llegue el momento de acción, y la resistencia sea difícil, y la victoria todavía mas difícil, y de todos modos haya de costar torrentes de sangre, entonces tratará de proceder con energía, pero no entra para nada en su sistema la prevención, sino la represión de los delitos. Resistirá tal vez, vencerá quizás, sea este u otro gobierno; pero al obtener la victoria, se encontrará con edificios incendiados, con rehenes fusilados y con análogos o mayores desastres, que los que hace tres meses presenciaron en París.

Será muy progresista, muy conforme con el espíritu y letra de la Constitución de 1869; pero es soberanamente absurdo, y apelamos al recto juicio de todo hombre de bien. Si el mal está en la Constitución, se prescinde de esa Constitución, que no puede ser buena desde el momento en que se ve que no puede impedir lo que se sabe que ha de ser perjudicial y ruinoso para la sociedad; no sería la vez primera que se ha prescindido en absoluto de esa Constitución, y hasta hace muy poco tiempo un periódico progresista estuvo publicando todos los días, al frente de su número, los artículos de la Constitución que se habían infringido y continuaban infringiéndose o sin ser tenidos en cuenta para nada; las infracciones, si se cometen, han de tener por justificación una gran causa y ninguna mayor ni mas atendible que la salvación de la sociedad.

Segun *La Iberia*, la sociedad la Internacional se propone un objeto que nadie ha pensado en condenar por ilícito; ni por injusto. Véase lo que entre otras cosas dice el Consejo regional español en su *memorandum* al ciudadano ministro de la Gobernación:

«Cansados ya de la parte puramente material y mecánica que han venido desempeñando en la sociedad, han reconocido que las categorías y distinciones sociales, lejos de estar basadas en la naturaleza, único origen legítimo en que pueden fundarse, solo son producto de errores y convenciones que nada valen ante la razón, y es que los proletarios, sintiéndose hombres, comprendiendo que entre ellos y los que ocupan las posiciones elevadas no hay mas diferencia que los privilegios que, estos encuentran al nacer, protestan contra una organización social que separa a los hombres en dos grupos, uno de señores, ricos e inteligentes, y otro de esclavos, miserables e ignorantes; es que los proletarios, que ven los progresos de la ciencia, y que por hallarse entregados desde la mas tierna edad a las penosas tareas del campo o del taller, no disfrutan de ellas, piden su legítima participación en esa ciencia que consideran el patrimonio universal, fundándose en que es el producto del trabajo de todas las generaciones, no del de los que injustamente lo monopolizan; es, en fin, que los proletarios, que ven que se les pide fe para un dogma que no pueden analizar por falta de instrucción, y obediencia para una ley hecha por los privilegiados, sin consentimiento suyo, sienten en dignidad de hombres humillada y se disponen a repararla, organizándose para destruir, cuanto se oponga al triunfo de la justicia.»

El derecho, pues, que asiste a los trabajadores para realizar su completa emancipación, está basado en la misma naturaleza; además de natural es justo, y por ser natural y justo debe ser legal, si es que la ley no es un sarcasmo lanzado al rostro del proletario.

Ahora bien; si la Internacional viene a realizar la

justicia, y la ley se opone, la Internacional está por encima de la ley. Los trabajadores tienen el derecho indiscutible, inalienable, de llevar a cabo su organización, y realizar la aspiración que se proponen. Esto lo conseguirán con la ley o a pesar de ella.

Como comprenderéis, ciudadano ministro, la Internacional de la Internacional no puede redactar, y que los trabajadores hayan conocido su derecho, formulen una justa aspiración y se organicen para conseguirla. Desgraciada la ambición aristocrática, y habiendo conseguido la clase media colocarse en su lugar y hasta hacerse, en humilde vasalla, la clase trabajadora, el proletariado, que viene sobre sus fatigados hombros la pesada carga de las otras dos; que no ve ni puede ver en las prerrogativas y privilegios del capital otra cosa que la sustitución del feudalismo señorial antiguo por el feudalismo capitalista; que ve, en una palabra, que este tiene de una manera pertinaz y hasta podíamos decir fatal, el preparar los deberes de los derechos, reservándose éstos y haciendo caer todo el peso de los otros sobre los trabajadores, ha visto en este hecho y en aquella tendencia la monstruosa y criminal ceguera que domina a esa clase, nuestra hermana ayer y hoy nuestra mas encarnizada enemiga, y ha creído que era de imprescindible necesidad que a cada uno le se a dado lo que le es debido, ni nada mas ni nada menos, o como lo expresamos nosotros: que cada uno recoja el fruto de su trabajo; que cada uno, ciudadano ministro, porque hay cosas que nunca se habrán dicho demasiado, que aquel que quiera consumir o poseer, tenga el deber de producir en la misma proporción del producto consumido.

La Internacional quiere cambiar por completo las bases de esta sociedad de esclavos y señores, de trabajadores y señores, y sustituirlos con otras, para que el trabajo, única fuente de la riqueza y prosperidad de los pueblos, sea la categoría social a que aspiren los hombres, que confundan en una sola y única clase, la de productores libres, podrán realizar sobre la bien cultivada tierra los eternos principios que constituyen la justicia.

Ahora bien, que se entienda por emancipación del proletariado que significa la igualdad de gases, que se proclama, como fin supremo de esa sociedad; que quiere decir, que nadie pueda consumir sin producir; como se traduce en lenguaje usual y corriente las palabras: que la Internacional quiere cambiar por completo las bases de esta sociedad de esclavos y señores.

Es preciso padecer la ceguera de un progresista para no verlo y la falta de buen sentido de que adolecen cuantos se afilian en ese partido para no poner oportuno remedio al mal; es preciso ser todo un progresista para no comprender por donde va, cómo va y a donde va la Internacional; para decir que «nadie ha pensado en condenar su objeto por ilícito ni por injusto.» La negación absoluta de todo derecho de propiedad es para el periódico ministerial una doctrina inocente, y la preparación de los medios para destruir esa propiedad, un objeto que nadie ha pensado en condenar por ilícito ni por injusto. Es perfectamente legal y licito una asociación que se propone llegar a su objeto con la ley o a pesar de ella: ¿Cuánta infantería (cuanto de ellos) que se propone llegar a su objeto con la ley o a pesar de ella?

Desearíamos ver la contestación que da el ministro de la Gobernación al consejo federal o regional español, aunque a juzgar por algunos antecedentes suponemos que sea en sustancia lo mismo que ayer decía *La Iberia*. En otras circunstancias, nadie hubiera dado crédito a la especie, y por un periódico, de que el ministro de la Gobernación y presidente del Consejo de ministros contestase a un documento de la índole y procedencia del que nos ocupa: ahora todo, absolutamente todo es presumible: no ponemos en duda que el Sr. Ruiz Zorrilla habrá de contestar, si es que ya no ha contestado; así fuese, la Internacional habrá dado un gran paso y conseguido un gran triunfo: se habrá puesto a la altura y nivel del gobierno y tratará con él como de potencia a potencia; poco le costará después tratarle como a inferior.

PUNTOS CLAROS.

A fin de que no se vaya a creer que las cuestiones de la Hacienda pueden ocultar por mucho tiempo las oscurecidas o puntos negros, con que se encubren maliciosamente, acaso, para que el público no se escape, puede decirse sin temor de que se contradiga, que se ha visto que desde hace muchos años las memorias que se acompañan a los presupuestos generales del Estado, han ido revestidas de estensos y magníficos preámbulos encañados a aliviar con fuegos fatuos que momentáneamente quieren suministrar algo de luz, pero que pasada la primera sorpresa, desaparece aquel pasajero entretenimiento, el cual no ha sido suficiente a evitar que a continuación nos veamos dominados de una no interrumpida serie de tinieblas.

Este es el espectáculo que nos da el actual gobierno; véase si no, en corroboración el preámbulo publicado en la *Gaceta* de 9 del corriente, en el que desde la tendencia de querer hacer ver que los presupuestos presentados despues de la revolución de Septiembre, han venido siendo castigados y mermados, y que todos sus servicios han sufrido un detenido examen, dando a entender que continuaran en el año corriente sin cesar en el propósito de disminuir todos los gastos posibles en las rentas y ramos del Estado.

Si esto pudiera ser cierto, sería muy útil y necesario y mas conveniente que nunca en las actuales circunstancias, en las que tanta falta hacen que se mire con preferencia a todo el angustioso estado del Tesoro, así como lo decaído del crédito dentro y fuera de España.

Constante en el propósito de justificar mis observaciones, voy a poner de manifiesto los presupuestos de ingresos y gastos que se han realizado en el actual período, a fin de que el público juzgue de las afirmaciones del preámbulo publicado por el señor ministro de Hacienda.

Importaron los ingresos del 1869-70: 2.581.674.700
Idem del 1870-71: 2.156.138.000
Idem del 1871-72: 2.627.297.996

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

Importaron los gastos del 1869-70: 2.748.140.600
Idem del 1870-71: 2.985.570.000
Idem del 1871-72: 2.703.788.554

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Vistación, 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de letras de giro muto, o sellos de correo, y tambien por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París, D. José Belart y Alviñana, 20, rue Chaplat, y en el importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se suplica que se verifique por medio de carta certificada como medio de evitar toda clase de extravío.

NUM. 467.

FOLLETIN.

LUZ Y SOMBRA.

Por Sir Edward Lytton Bulwer.

(Continuación.)

Sidney, ven acá... No, la primera cosa es ir a ver si la gata está en la cueva. ¿Quieres tomarle esa molestia Margarita?

La señora Morton saltó inmediatamente.

Todo quedó en silencio. El pecho de Sidney latía con violencia. Rogério se acercó a un armario, y acababa de abrirlo cuando su esposa entró en el salo.

La puerta de la cueva seguía cerrada, y la pobre gata no se había movido de allí.

—Ven acá, bribonzuelo dijo M. Morton saciándole un litro que habia sacado del armario. Voy a enseñarte a no mentir jamás. Vamos, confiesa que has mentido.

—Si señor, he mentido. ¿Perdonadme, os lo ruego? Tomé un amasado para que no lo dijese.

—¿Cómo? Te atreves a mentir otra vez? ¿Te atreves a acusar a Tom, que está en su cuarto e ignora lo que pasa? Eres peor de lo que yo creía.

Margarita, segura de la culpabilidad de Sidney, elevaba los ojos al cielo con aire de supremo dolor.

—No tienes vergüenza en mentir de ese modo! Me reces una severa corrección.

Y Rogério descorrió muchos latigazos en las espaldas de su sobrino; aunque, en abono de M. Morton, es justo añadir que eran flojos, y fué mas el miedo de Sidney que el dolor de los golpes.

El infeliz niño parecía fuera de sí; no estaba acostumbrado ni siquiera a la apariencia de una corrección.

—Mamá, mamá! gritó llorando a lágrima viva: ¿por qué has abandonado a tu pobre Sidney?

Al oírle, Rogério se sintió horriblemente conmovido, y el látigo se le cayó de las manos.

—Perdon, hermana! dijo M. Morton asomando una lágrima a sus párpados. Sidney, calla, calla. No volverás a mentir que verdad? Vamos, no grites así que no te he hecho ningún daño.

—Va a atraer a todo el pueblo con sus gritos, observó caritativamente Margarita, que sentía ver aplacarse la cólera de su marido. ¿Que fastidioso chico! Ya, va a casa de la señora Birnie... Está cerca... Ya has ido otras veces. Ejúrga esas lágrimas, que no parece regular te veas llorar. La señora Birnie te dará un litro, te traerá a casa. Sal por la puerta particular y no pases por la tienda.

Exasperabanla los sollozos del niño, pues no comprendía aquel dolor moral. Le empujó bruscamente, y no cesó de dirigirse palabrando dadas hasta que estuvo en la calle.

Después volvió a donde estaba Rogério.

—Me creéis ahora, M. Morton? Es un mentiroso, ¿sí o no?

—Bien, Margarita; bien; no me hables de eso. No me perdonarás en la vida lo que acabas de hacer si no recordara haber hecho lo mismo con Tom. Entre tú y él, te he puesto como un hielo.

—En la mañana del día que pasó la anterior escena, dos hombres se aperron de la diligencia a la puerta de la única posada de una modesta aldea situada a diez millas próximamente de la casa de Rogério Morton.

Aunque de sencillo aspecto, la posada era de mas importancia que la que hacia presumir la pequeñez de la aldea; lo cual consistía en su ventajosa posición.

En efecto: tres vías muy frecuentadas, y que enlazaban entre sí a varias ciudades comerciales, iban a parar a su puerta.

En el momento de apearse aquellos dos hombres, un mozo de caballería saltó de la posada.

Los viajeros le llamaron, y como el tiempo estaba magnífico, hicieron concurir su exiguo equipaje bajo una gorrilla que habia en medio del jardín, y mandaron que se les sirviese allí el almuerzo.

El que parvicio de mas edad tenía en sus modales ese sello que distingue a los hijos de las orillas del Rhin.

Llevaba una blusa de tela oscura, abotonada hasta la barba; vestido que entonces se conocia apenas en Inglaterra, y de un cinturón de cuero pendia la pipa alemana y la correspondiente bolsa con el tabaco.

Pero lo mas singular en este individuo era su larga cabellera, de un rubio pálido, casi incoloro, que solo poseen los alemanes, y que le caía sobre los hombros.

Completaban la expresión germánica de su fisonomía, unos grandes bigotes, mas claros aun que el pelo, a ser este posible.

Cabalaban sobre su abultada nariz, unos inmensos, anteojos verdes; tenia las manos grandes y largas, los pies anchos y sólidos, un alfiler de pecho, colosal, y un saco de noche muy raro.

Su compañero era joven, alto, delgado, de admirable postura y vestía levita azul debajo de una capa en que se envolvía, al parecer, cuidadosamente.

Un epaulet de color gris ocultaba la parte inferior del rostro a las miradas indiscretas, no dejando pasar mas que la llama de sus ojos negros, vivos, profundos y singularmente brillantes.

La criada, desde que llegaron los misteriosos viajeros, les llevó pan, manteles, té y una piedad de vaca asada capaz de asustar al mismo Gargantua en persona.

El alemán, en un lenguaje misto, especie de amalgama de tudesco y sajón, indicó a la criada que desahogara una silla de posta a su disposición dentro de un cuarto de hora.

La criada, despues de un trabajo grande de limpiar la habitación, pudo comprender, y fué a buscar lo que pedía el alemán; pero no sin mirar con ojos de admiración y envidia.

vidas al alfiler de pecho del viajero. Este lo conoció, y la dijo acercándose a ella.

—Por vida del! ¿Soy muy bonito? ¿Como os llamáis?

Y la abrazó sin andarse con cumplimientos. La criada, ruborizándose, le contestó:

—Vimos, señor, las doncellas de servicio no gustan de que un viejo las abraze delante de la gente joven.

El alemán se mordió los labios al oír esta irónica respuesta, y queriendo coger la cintura de la criada, se encontró con el vacío. La joven habia huido, ligera como una gacela, gritando al emprendedor alemán: no osáis.

—De seguro no sois caballero; de seguro no sois casado.

El alemán soltó la criada, y cuando vio lejos a la doncella de servicio, dejó la máscara que habia conservado hasta entonces, y dijo a su compañero en escelente inglés:

—Hoy va tranquilos, master Felipe, toda la mañana. Era lo que quería, pues las mujeres... son siempre majeres, y basta. Los sabuesos han perdido el rastro.

—Si, respondió tristemente Felipe; pero es preciso que nos separemos, Gawtrey, a menos que queramos abandonar a la desgracia.

—Desearia que mudásemos de dictamen, pobre niño; solo, sin padres, sin familia, sin un amigo siquiera, no alcanzo cómo vas a salir del paso. Fáltadnos, y qué! ¿arbitrio os queda, ni dónde encontrarseis quien os ayude?

—¡Dioses de gente! La manteca está salada, master Felipe.

—Si fueses solo en el mundo, repuso Felipe, no vacilaria en unir mi suerte a la vuestra; pero tengo un hermano, lo sabes; no quisiera que él me acompañara.

—Eso, eso; así se discute cuando no se ve la vida sino con los ojos del corazón. En mí tienes un ejemplo. Uno de estos días os lo contaré. ¿No está bien vuestro hermano en casa de su tío? ¿Le faltó algo? ¿Convenido estoy de que perdáis del de la vida, y que le miman como el niño de la casa. Tranquilizaos y reflexionad. Empezad por comer de esta vaca, que escita el apetito. Debeis tener hambre. Pensad en vos antes de pensar en los de-

mas. Por otra parte, ¿qué serviréis a vuestro hermano?

—No lo sé, pero es menester que le vea; lo he jurado.

—Bien, lo comprendo. Id, y os aguardaré aquí todo un día. Volved luego. ¿Convenís?

—Perdon, Gawtrey; pero ya que desearis que os siga, ¿me dais quizá algo?

—Gawtrey, aquí os dejo, y meneando la cabeza, dijo: ¿Qué creéis? ¿Que supondría en la vida de un hombre que me condujeseis para librarme de los que me perseguían, y las gentes que estaban allí?

—No se mostraron finos con vos?

—Si, lo confieso, a pesar de la licencia de su lenguaje, algo montado. Pero no debo juzgar a las personas por el exterior; eso no es lo que me ha alarmado.

—¿Pues qué os espantó?

—Vuestro disfraz.

—¿Ahí! Bien! exclamó Gawtrey riendo. ¡Muy bien! ¿Y vos? ¿No vestís también un disfraz? ¿Lo que es el mundo! Hay que evitar un peligro, y para ello es fuerza disfrazarse; nada mas natural. El individuo que lo hace no lo está. Pero lo hace otro porque así importa a su seguridad personal, y se le juzga un ladrón, un asesino... ¿qué sé yo? Os voy a decir quién soy, continuó Gawtrey. Soy un hijo de la «estabilidad», un aventurero. Como los píetas, los procuradores y los charlatanes; vivo de ingenio. Cálid hombre representa en la tierra su papel. Yo los represento todos; segun me conviene, eligiendo el que puede producirme mas dinero; ese es mi negocio, sin el cual la existencia es monótona, insipida, insostenible. Ya veis lo que soy: un charlatan, un camaleón, es su palabra. ¿Estáis satisfecho?

—Tal vez, respondió Felipe visiblemente entusiasmado. Cuando vea a vuestro hermano y al mundo y la vida, quizá os comprenda a fondo. ¿Cosa extraño! Solo vos me habéis alargado la mano en la desgracia.

—No os asombre; es lo mas natural del mundo. Preguntad al mendigo quién le da mas limosna. ¿Es esa

horbitante, resultasen sobrantes que permitieran ir introduciendo economías.

El poco éxito que han demostrado para buscar recursos los encargados del importante departamento de Hacienda, da idea de que no han sido ni medianos administradores, su único afán ha sido crear lo que no se puede sostener, y esto, como es consiguiente, ha hecho que se llegue al caso de detenerse en su incomprensible marcha, y considerar que en el estremo de los desastres es indispensable poner coto a tan desmedidos gastos.

¿Quién no se admira al contemplar que un partido político de los que han turnado en el poder gastara en cincuenta y siete meses 15.400.000 de reales?

Atiéndose que para ello no anduvieron por las ramas; así es, que, en poco tiempo se hizo un aumento al papel en circulación de 10.773.000.000 de reales; á estos otros 10.400.000.000 emitidos desde la revolución de Setiembre, y nos encontramos que juntados estas dos partidas con lo que anteriormente existía, sumaremos 33.882.000.000 de reales, cuyos intereses abrumar al Erario; el cual tiene además pendiente sobre su cabeza el anuncio de las nuevas emisiones que se hallan en puerta.

Señor, ministro de Hacienda: no hay que darle vueltas; el Estado va á encontrarse á palo seco, aislado de recursos extraordinarios; la desamortización civil y eclesiástica concluye; por consiguiente, los ingresos se limitarán á las rentas y ramos naturales; si se hace que estas desaparezcan con el tanto por ciento del número de intereses que pesan sobre el erario, se hará preciso que venga un nuevo diluvio, para que con él desaparezcan todas las obligaciones contraidas.

Quedo al cuidado del plan que se seguirá, el cual, á decir verdad, según las primeras disposiciones, no es el más acertado, puesto que empieza causando víctimas, y lo es por eso, por desorganizando el servicio, y dando ocupación á la junta de clases pasivas, la cual, por no apartarse de él, irá proporcionando los correspondientes aumentos al presupuesto de gastos.

Madrid 18 de Agosto de 1871.

ANTONIO DEL ALOZAR, pastor protestante de la iglesia evangélica de esta ciudad.

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Varios veces, Venerables Hermanos, en este diuturno Pontificado dirigidos á vosotros os he manifestado con cuánta gratitud acogamos el testimonio de aquella devoción y afecto que en vosotros y en nuestros fieles confidados á nuestra solicitud, ha suscitado el Dios de las misericordias hacia Nos y esta Sede apostólica. En verdad, cuando los enemigos de Dios comenzaron á invadir el Principado civil de esta Santa Sede, para valedor finalmente, si fuera posible, contra Jesucristo y la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud; vosotros, Venerables Hermanos, y el pueblo cristiano, no cesáis nunca de pedir á Dios, á quien obedecéis los vientos y el mar, que tuviese á bien calmar la tormenta, ni dejase jamás de repetir las manifestaciones de vuestro amor, ni de adoptar todos los medios con los cuales podáis consolarlos. En Nuestra tribulación. Mas, después que fuimos despojado de esta misma ciudad, cabeza de todo el orbe católico, y dejado á merced de los que nos habían oprimido, vosotros, á una con la mayor parte de los fieles de vuestros distritos, redoblásteis las oraciones, confirmando con frecuentes mensajes los sacrosantos derechos de la religión y de la justicia, con inefable crimen conculcados.

Posteriormente, con motivo del suceso nuevo después de San Pedro, y realmente inaudito en la serie de los Romanos Pontífices haber alcanzado. Nos el vigésimo sexto año de Nuestro Apostólico ministerio en la Cátedra romana, habéis dado tan espléndidas pruebas de vuestro júbilo por este insignie beneficio á Nuestra poquedad otorgado, demostrando así el firme vigor del espíritu de la familia cristiana, que Nos conmovimos profundamente; añadiendo Nuestros votos á los vuestros, conseguimos nuevas fuerzas para esperar con mayor confianza el pleno y absoluto triunfo de la Iglesia. Fueros además gratísimo que de todas partes afluyeran numerosísimas muchedumbres de suplicantes á los templos más venerados, y que en estos fué grandísima en todo el mundo la concurrencia de los fieles, juntamente con su Pastor, con públicos plegarias y alocuciones á los sacramentos rendían gracias á Dios por el beneficio á Nos otorgado; demandándole con grandes instancias la victoria de la Iglesia, y la paz del mundo.

Sentimos además, no solamente aliviarse vuestras aflicciones y vuestras tribulaciones, sino también que se cambiaban en alegría por las congratulaciones, los obsequios y los votos expresados en vuestras cartas, por la presencia de numerosísimos fieles que llegados de todas partes, entre los que muchísimos resplandecían por la nobleza de su nacimiento y estaban adornados de dignidad.

Algunos minutos habían pasado desde la partida de la silla de pósta que se llevó á Gwatre, cuando una diligencia se detuvo á la puerta de la posada, donde una permanencia Felipe.

El nombre de la ciudad, objeto de su viaje, brillaba en la frente de los costados del vehículo, Felipe lo leyó, y se hizo fútilmente inmediatamente en el número de los viajeros.

Con ese golpe de vista rápido e investigador de las personas que saben de las persigue y tienen hallar un enemigo en cada nuevo semblante, Felipe dirigió en torno de sí una mirada inquieta.

A su izquierda estaba una mujer joven envuelta en un manto forrado de amarillo; el sombrero, colgado de una de las correas del coche; se columpiaba sobre su cabeza; substituyendo un pañuelo de seda sujeto bajo la barba. Esta clase de tocado, elegido sin duda como propio de las fatigas de un largo viaje, dada á su lucido rostro una expresión de juventud y frescura que realzaba su belleza.

En frente había un hombre de fisonomía grave, de aire meditabundo, que parecía absorto en cavilaciones.

El cuarto viajero era un individuo de cuarenta á cuarenta y tres años, con aspecto de hombre lleno de vanidad, sus espesas patillas rubias, tirando á rojas, rizadas, y peinadas con esmero, le corrían por debajo de la barba. Llevaba en la cabeza una magnífica gorra de visón.

Le cubría el pecho un soberbio chaleco de terciopelo, por el cual, serpentaba la cadena de oro de que pendía el lente con que miraba de tiempo en tiempo, á fuer de hombre de importancia. Su corbata azul servía de elegante corona á una pechera como las que se usaban en la época de Luis XIV. El color primitivo de sus guantes no se conocía á causa del polvo, y sobre su brazo izquierdo descansaba un capote de viaje con forro de seda encarnada.

Fue curioso personal, cuando Felipe entró en el coche, tomó con singular finura su lente entre el pulgar y el índice de la mano derecha, le introdujo entre la nariz y la boca, levantó la cabeza como hombre que parece juzgarse superior á cuantos le circundan, y miró al joven tan fijo y tenazmente; que éste no pudo menos de fruncir las cejas y ponerse en guardia.

El desconocido dejó al fin su lente, y dirigiéndose á Felipe le dijo con acento provincial y afectado:

—Dispensad, caballero. Crucemos las piernas y así se me figura menos de estar mejor.

Y sin aguardar la respuesta, se instaló comodamente, extendiendo sus piernas entre las de Felipe.

En aquel momento un joven con levita blanca se acercó á la portezuela, llevando en la mano un vaso de vino de Jerez: ofreciéndoselo al viajero.

—Tomad este vino caliente; dijo á la señora que estaba sentada junto á Felipe, y yo sentiréis frío. Hacía un calor sofocante; Bebéd; os lo ruego.

—Gracias; ¡jamás! respondió la joven sonriéndose y inclinándose su graciosa cabeza; pero sabéis que no bebo vino por la mañana.

—Aceptad por mí, le suplicó el joven, y levándole á los labios dijo:

—A vuestra salud. Ella, movió su cabeza y dijo: —Luego, haciendo una pequeña mueca, añadió: —¡Oh! Qué fuerte es este vino! No puedo acostumbrarme á beberlo, si no me lo dan con leche.

Desgracia ha sido, y no pequeña, que el ministerio haya tardado tanto en comprender lo que no solo prevía la generalidad de las personas que se ocupan algo de la situación de las provincias de Ultramar, sino lo que un día y otro día por espacio de ocho meses ha estado pronosticando la prensa de oposición.

En qué responsabilidad no ha incurrido con su desastrosa conducta, no solo el gabinete presidido por el Sr. Ruiz Zorrilla, sino también, y mayor si cabe, el ministerio del duque de la Torre!

Si cuando se trató por aquel gobierno de la necesidad de relevar al general Baldich del mando no se hubiera cedido por la mayoría del Consejo y especialmente por el entonces ministro de Ultramar, á razones de conveniencia particular, que siempre deben desaparecer ante el bien general; si se hubiera mantenido con firmeza, repetimos, la absoluta necesidad de relevar al capitán general de Puerto-Rico, de suponer es que no habrían tenido lugar los sucesos recientes; no se habrían llevado á cabo las elecciones, ó caso de que estas se hubieran verificado, no existiría el encono y la animosidad que vemos en los bandos políticos que hoy dividen aquellas provincias; y que eran completamente desconocidos antes de la famosa revolución de Setiembre.

Mas aun; creemos firmemente que si por desgracia llegara á estallar una insurrección en Puerto-Rico, semejante á la que ha regado con tan noble sangre los campos de Cuba, igual dificultad había de encontrar el gobierno actual en reprimirla.

¿X sabe el ministerio porque se teoriza esa dificultad? Fuerza es decirlo sin rodeos; porque los verdaderos centros de insurrección no están en la manigua ni en Nueva-York, ni en Venezuela; donde mas se proteja la insurrección de Cuba y se proteja la de Puerto-Rico; si desgraciadamente estallase, es en el gobierno, con sus desastrosas medidas, es en cierta parte de la prensa, que olvidando las circunstancias especiales de aquellos países, han infiltrado con sus exageradas teorías el veneno de las discordias políticas en sus habitantes.

Aun es tiempo, póngase pronto remedio y por sí pueden evitarse arroyos de sangre y males sin cuento, tanto á la metrópoli, como á aquellas provincias.

Podrá el gobierno, volviendo en sí, procurar que le será fácil sostenerse en la pendiente fatal en que se ha colocado? Lo deseamos sin esperar.

El Sr. Herrero, antes de cesar en el cargo de director de Agricultura, industria y comercio, parece que ha dejado resuelto el expediente relativo al Banco de Valladolid. Ignoramos la analogía que podrá tener este asunto con el que disutió el mismo señor en la prensa en vísperas de ser nombrado director.

También ha dispuesto en su testamento que se den 8.000 rs. á no sabemos qué sociedad, sin instruir expediente, ni enterarse de autoridad ni corporación alguna, para que los emplee en celebrar una exposición particular que tienen proyectada.

Al fin se han convencido los señores ministro y subsecretario de la Gobernación de que no pueden hacer economías en el ramo de Telégrafos.

Leemos en La Correspondencia:

El presidente del Consejo de ministros ha citado para una conferencia á los directores de las compañías de ferrocarriles, con objeto de darles cuenta del expediente instruido por la dirección general de Comunicaciones, en vista de las reclamaciones de la prensa, del comercio, y de multitud de hombres de negocios, pidiendo que la hora de la salida de los correos sea la de la noche, cuya reforma propone también el director de Comunicaciones, no solo porque así parece justo y que lo desea la mayoría del vecindario de Madrid, sino porque la reforma reporta al país una economía al Erario.

Una pregunta por todo comentario: ¿ha de continuarse el correo que sale á las ocho de la noche deteniéndose nada menos que quince horas, que es lo que hasta ahora se ha detenido en aquella estación por falta de enlace con el tren de París, la correspondencia que llevaba y lleva el tren correo?

Porque es de saber que la correspondencia que va en el tren correo, ó sea en el de las ocho de la noche, aguarda en Irún á que la recoja y lleve á Francia el tren expreso del día siguiente; es decir, el que sale de Madrid veintinueve horas después. Por el contrario, la correspondencia que el tren correo trae á la vuelta, espera muy tranquila en Medina del Campo á que la recoja el

índice de la mano derecha, le introdujo entre la nariz y la boca, levantó la cabeza como hombre que parece juzgarse superior á cuantos le circundan, y miró al joven tan fijo y tenazmente; que éste no pudo menos de fruncir las cejas y ponerse en guardia.

El desconocido dejó al fin su lente, y dirigiéndose á Felipe le dijo con acento provincial y afectado:

—Dispensad, caballero. Crucemos las piernas y así se me figura menos de estar mejor.

Y sin aguardar la respuesta, se instaló comodamente, extendiendo sus piernas entre las de Felipe.

En aquel momento un joven con levita blanca se acercó á la portezuela, llevando en la mano un vaso de vino de Jerez: ofreciéndoselo al viajero.

—Tomad este vino caliente; dijo á la señora que estaba sentada junto á Felipe, y yo sentiréis frío. Hacía un calor sofocante; Bebéd; os lo ruego.

—Gracias; ¡jamás! respondió la joven sonriéndose y inclinándose su graciosa cabeza; pero sabéis que no bebo vino por la mañana.

—Aceptad por mí, le suplicó el joven, y levándole á los labios dijo:

—A vuestra salud. Ella, movió su cabeza y dijo: —Luego, haciendo una pequeña mueca, añadió: —¡Oh! Qué fuerte es este vino! No puedo acostumbrarme á beberlo, si no me lo dan con leche.

A pesar de la observación, apró el contenido del vaso á sorbos y paladeándolo: le iba así en el estómago un apretón de manos significativo de la recompensa del Ganimedes cuando tomó el vaso y vació.

Al oír el golpe al cochete gritó el conductor; y subiendo á su asiento, hizo sonar el látigo, y los caballos partieron al galope.

El señor de aire grave abrió una cajita y sacó de ella un pedazo de goma que se puso á chupar. En seguida, tomando del bolsillo un libro al parecer de posadas se entregó á su lectura.

El viajero de la pechera á la Luis XIV, que desde el incidente del vino de Jerez no quitaba el lente, á su vez

expresó, que viene cinco horas después y la traiga á Madrid.

El servicio está muy mal combinado, y sería bueno hacer una reforma que es de suma sencillez en lo concerniente á España, por más que no lo sea tanto en lo que se refiere al extranjero, pues sería preciso que hubiese otras horas de salida de la estación de Hendaya.

Uno de nuestros colegas de la noche dice que ayer llegó á esta corte D. Amadeo y que no saldrá para la Granja hasta el lunes.

Añade el colega, como aviso á los aficionados, que anoche asistió el recién llegado al Circo de Madrid.

Está llamando la atención la circunstancia de prolongarse cada vez mas la permanencia de don Amadeo en Madrid, dejando sola á su esposa en la Granja, donde no abundan las distracciones como en la capital. Al principio solo se quedaba una noche en esta corte; ahora se queda tres.

¿Qué habrá? La respuesta es obvia: el obispo de Leones en una carta de Salamanca, fecha 17 de Agosto:

«Estamos mejor que queremos. Ya van en cuatro días los incendios de edificios y un conato de incendio en las casas. (Ojo, Sr. Ruiz Zorrilla, que se quemar las subvenciones). Ayer tuvimos otro fuego tan terrible, que en tres cuartos de hora consumió la magnífica fábrica de harinas que en Tejares tenía el señor marqués de Villacaz, sin dejar mas que las paredes exteriores: no parece casual el incendio, estudiado á su propia luz; las maderas ardan aun metidas en el agua; se cogieron infinidad de peces casi cocidos, dentro del canal, que á todos nos espera durante la vida ministerial de nuestro paisano Madrid y compañía.»

«Cuando decimos que la fumigación tiene trazas de hacerse general...»

Ni los peces están seguros desde que proclamaron la honra de España los hombres de mar.

La igualdad en su número del viernes ofrece su apoyo al señor ministro de Fomento para llevar adelante las reformas contra el estorbo de ingenieros de caminos. Lo encontramos perfectamente lógico, nos sentimos muy satisfechos.

Los cuerpos facultativos existen en casi todas las naciones donde la administración pública se encuentra regularmente organizada, y el gobierno de los hombres de La Igualdad no encontraría sus agentes en los cuerpos cuya misión es contribuir al desarrollo y á la prosperidad del país.

Por otra parte, los ingenieros de caminos tienen su aplicación dentro de los gobiernos que construyen; para destruir, seguramente que no se necesitan. Si ha de pasar algo lo que acaban de hacer en Francia los amigos y correligionarios de La Igualdad, tiene razón nuestro colega; todos los cuerpos facultativos son, sin excepción alguna, perfectamente innecesarios.

La Esperanza hace las siguientes preguntas: ¿Es ó no cierto que momentos antes de celebrarse ayer tarde el consejo de ministros el departamento de Gobernación, medio atarido el Sr. Ruiz Zorrilla, envió un oficial á varias redacciones de periódicos mas ó menos benévolos, suplicándoles encarecidamente que guardasen silencio sobre los sucesos de Puerto-Rico?

Se debe á esta benevolencia insinuación la actitud de La Bepoa y de La Correspondencia, cuyos periódicos, generalmente bien informados y hasta advertidos por un suelto de El Tiempo del día anterior no dieron cuenta de aquellos sucesos?

Es cierto que el general Baldich puso en libertad 300 negros, los cuales fueron los que iniciaron en primer término la insurrección?

Otras preguntas mucho mas graves podríamos formular, pero nos lo vedó nuestro decoro y nos lo impidió la sangre española que corre por nuestras venas.

Razon que le sobra decir tener el Sr. Ruiz Zorrilla para atarirse con los sucesos de Puerto-Rico. Lastima que no sea partidario del espiritismo el presidente del Consejo. Así hubiera podido saber que decía alguno de sus amigos, cuya amistad aun después de muerto parece no le ha tenido poca parte en aquellos sucesos.

Otro punto negro. Un periódico ministerial, La Prensa, escribe el siguiente párrafo que recomendamos á nuestros lectores:

«Hay un grupo ó especie de sociedad, muy conocida en Cádiz, que á la sombra de los importantes destinos desempeñados por algunos de sus individuos, está cometiendo tales abusos, que seguramente resulta perjudicial el Tesoro en un millón de reales al mes por los fraudes que se cometen en aquella aduana utilizando el salvo-conducto que les facilita su posición social la autoridad popular con que se encuentran investidos.»

«Estos hechos escandalosos son conocidos de todo el vecindario y han causado en la ciudad una gran alarma.»

—Ese joven parece muy atento con vos, señorita.

—Es excelente chico; se desvive por mí en efecto.

—No será nuestro hermano, supongo?

—Por qué no ha de serlo, caballero?

—Porque no se os parece; no tiene ni eso que se llama aire de familia. Es guapo, sí; embargo. Pero esos ojos esa boca que tenéis... ¡Ah señorita!

—Los jóvenes volví la cabeza, y contestó con sequedad: —Los cumplimientos me repugnan, caballero; tened entendido. Ese joven no es mi hermano.

—Entonces será un amante. Pero señorita, ¿cómo es posible...?

Y el D. Juan del chaleco de terciopelo y de las rizadas patillas empujó con una mano la rodilla de Felipe, y con la otra la del hombre grave.

Este levantó los ojos y se contentó, por toda respuesta con dirigir al fatuo una mirada, de desaprobarción; pero Felipe, menos sufrido, retiró la pierna, reprimiendo una exclamación de cólera.

Y cuando así fuese, dijo la joven, ¿cómo es posible tener un amante?

—No, señorita, y si me permitierais un consejo, os daría el de doblar la dosis. Bueno es tener dos cuerdas para el arco.

Hablando así, el caballero de la corbata azul se había quitado la gorra, é introducía con afectación la mano entre los sedosos rizos de su peluca.

La joven le miraba de reojo con evidente coqueteo. Al fin, después de un largo silencio, dijo:

«Como viajais los caballeros guapos! Siempre de prisas.»

—¡Ah señorita! contestó el viejo fatuo; la prisas sería paso de tortuga verde en vuestro seguimiento.

El señor grave, fastidiado por el giro que tomaba la conversación, cerró impetuosamente el libro y examinó con la vista á sus compañeros de viaje.

Fijose en Felipe, que por olvido, fatiga ó calor había

el pueblo gaditano, que esneña con el dedo á las personas á quienes indicamos en estos renglones, y que no queremos nombrar, pues no tenemos rencores ni venganzas que satisfacer.

Vamos, que un punto negro de un millón al mes, no es cosa floja. Pero, Sr. Ruiz Zorrilla! ¿y aquellos bribos, y aquellos discursos de sobremesa?

Una pregunta del Debate: ¿sabrán los ministros, puédan decirnos que hay de ciertos ciertos ciertos por progresistas importantes de provincias, algunos de ellos diputados, en que se espasa la alarma que ha cundido entre todos los hombres preysores y todas las clases productoras en cuanto ha circular el rumor—que no hemos de aquilatar ahora—de que el Sr. Zorrilla se doblaba al fin á armar 300.000 voluntarios? ¿Que dicen esas cosas?

Los expresados periódicos nos prestarían un gran favor habiendo claramente, pues de lo contrario nos vemos precisados á indagarlo que dice la pregunta; y á descubrir lo que contiene la respuesta.

Probablemente los periódicos ministeriales callarán y El Debate tendrá que tomarse el trabajo de despejar la incógnita.

Ya tenemos otro Lazaro.

El alcalde de Barcelona, Sr. Soler, derrotado en todas las secciones del distrito de San Felip, ha salido triunfante en el escrutinio general.

Los señores benivolentes irán viendo cosas buenas.

Sin embargo, el procedimiento no es nuevo.

Los sucesos ocurridos en Puerto-Rico, según los afectos á los laborantes, han acaecido entre los liberales y los conservadores.

Como el sistema actual es el de la mistificación de todas las cuestiones, bueno es que sepa España entera, que á los que se llama liberales en América, son los enemigos encarnizados de nuestra bandera, la cual quieren ver arriada á todo trance, mientras que los conservadores son españoles y gente acomodada que, en su amor patrio, defienden la integridad del territorio, sin pretensiones políticas de ningún género; que no flendan á dar respecto y fuerza al principio de autoridad.

Porque de la visita girada á los estancos de Madrid, ha resultado que varios estancos han sido separados y procesados por haberse descubierto los fraudes que venían cometiendo en la expendición de tabacos.

Además de este punto negro, Las Novedades denuncia ayer otro en los siguientes términos:

«Debemos que algunos individuos se han dirigido á las administraciones de periódicos y empresas editoriales ofreciéndoles sellos legítimos de correos, procedentes, segund dicen, de la fábrica nacional, y con un descuento del 40, del 50 y aun del 60 por 100. Los comisionados en cuestion aseguran que ellos jamás han creído interés en el negocio, por lo cual no cabe duda de que dichos sellos son robados.»

Es cosa ya de perderse la cuenta.

«Parece que el cónsul de España en la Guaira ha sido expulsado de su residencia por el gobierno de Venezuela, á causa de carecer de patente y no haberle sostenido nuestra legación en Caracas.»

¿Que ha ocurrido?

Con el epígrafe Escándalo, publica La Repetición el siguiente:

«Dice un periódico que las casas de juego se han vuelto á abrir.»

El colega se equivoca; mal pueden haberse vuelto á abrir cuando no se cerraron.

No negamos que el gobernador anterior sorprendió dos ó tres casas de este género; pero fueron ligeros miserables y sin importancia.

Las casas de juego opulentas, las casas donde se roba con descaro sin igual, siguen abiertas y á la vista del público; y si alguien lo duda, pásese á media noche por la calle del Principe, por las Cuatro Calles, por frente del ministerio de Hacienda, por la calle de Carretas, y aun por la misma Puerta del Sol, y no solo oír el ruido del dinero sobre el tapete, sino hasta las voces de los jugadores.

Y si está sorbo, verá á cada rato algún granchos en cargado de especímenes lo que se juega y suplicarle etc., etc.

Un escándalo lo que está pasando en Madrid con los casos de juego, pues parecen ya instituciones seculares cuando se ve que pasan un ministerio y otro ministerio y un gobernador y otro gobernador, y ellos quedan en pie sobreviviendo á todos.

Estamos ya cansados de promesas, que no se cumplen, y resueltos á no dejar pasar día sin que clamemos contra estos focos de inmoralidad, regalo funesto que en compañía de otros muchos, se nos entró por las puertas el 29 de Setiembre de 1868.

Lo que dice el colega es mucha verdad. Solo los periódicos en la ciudad de Madrid.

retirado hacia atrás el sombrero, y exhaló un profundo suspiro.

—Parece que sufrís, caballero! dijo la joven con dulzura. ¿Os sentís mal?

—Gracias, señorita. Me duele el costado; pero es dolor de poca monta.

—Me permitís ofreceros un puesto? preguntó oficialmente el Lovelace de cadena de oro. Estareis mas cómodo.

El señor grave, después de una corta vacilación, aceptó y cambió de puesto con su vecino.

Al cabo de unos pocos minutos, la viajera y el de la peluca, sentados ahora frente á frente, se aislaron de los demás, hablando en voz baja.

El señor grave continuó examinando atentamente á Felipe, hasta que este, advirtiéndolo, se bajó el sombrero.

—¿Y ahora? preguntó aquel con voz tímida.

—Si, respondió incómodamente Felipe.

—¿Es la primera vez que vais allí?

—¡Caballero! exclamó el joven con un acento que indicaba la estraneza al oír tal pregunta.

—Perdonad mi indiscreción; pero la ha motivado un interés vivísimo. Me traeis á la memoria una familia que he conocido mucho en Northampton hace tiempo. ¿Conoceis á la familia Morton?

—Felipe, oyendo esto, se turbó. En la posición en que se encontraba, creíase perseguido por todos los agentes de policía de Inglaterra. Las preguntas del desconocido aumentaron su inquietud y contestó bruscamente:

—No he estado jamás en Northampton ni conozco allí á nadie.

—¡Ah! esta torpe respuesta fue uno de tantos obstáculos, los que estaba destinado á hacer surgir, el mismo entre su persona y una suerte mas llevadera.

El señor grave volvió á suspirar, miró otra vez á Felipe, y durante el viaje se encerró en lo mas profundo mutismo.

(Se continuará.)

SECCION EXTRANJERA.

LOS CONSEJOS DE GUERRA EN VERSAILLES. (Continuación de la columna anterior.)

Posé, oficial de la guardia nacional, preso. He sido ayudante de campo de Assi, y él me nombró comandante del cuartel Loban, donde fué fusilado el capitán Combes. Yo no estaba en el cuartel cuando tuvo lugar la ejecución. Llegué al día siguiente, é hice prender al asesino. El guardia Adancourt fué quien fusiló al capitán. Por lo que hace á la fabricación de balas explosivas y bombas de petróleo, no tengo noticia de eso.

El señor presidente.—Vámonos; habéis enviado en todas direcciones granadas de varios calibres y bombas de petróleo. Por consiguiente, habéis intervenido en la fabricación.

El testigo.—Yo no he visto fabricar proyectiles con petróleo.

El señor presidente.—¿Os prendieron con Assi, á quien servíais de ayudante de campo?

Fosse.—Sí, íbamos al polvorín de Beethoven, que era un almacén de municiones ordinarias.

Assi.—Las funciones de Fosse no consistían en inspeccionar la fabricación, sino en acompañarme.

El señor presidente.—¿Es decir que no tomaba parte en las deliberaciones?

Assi.—De ningún modo.

El Sr. Bigot.—Ya veis cuáles eran sus atribuciones. El testigo era capitán de la guardia nacional; es hijo de un bizarro coronel del ejército. El testigo pudo huir, y no lo hizo, pues sin duda se acordó de que era hijo de un soldado.

Rejaud, guardián de la prefectura.—El 31 de Marzo, al hacer una ronda, encontré en un calabozo al llamado Adancourt. Pregunté por qué le habían preso, y me respondió que por haber fusilado á un capitán y un teniente. Refirióme los detalles conocidos de aquel suceso. Hablé de esto al Sr. Bonjean, el cual me dijo: «Ya han empezado; todo debemos temerlo».

La señora Charvet.—Yo me hallaba en el cuartel Loban cuando Adancourt fué fusilado al capitán Combes é hirió al teniente Serre. No callé á Adancourt el horror que me inspiraba aquel crimen; quiso disculparse, y me enseñó una orden escrita para la ejecución.

P.—¿Visteis esa orden?

R.—La tuve en la mano; pero no podría precisar los nombres que la firmaban. Dijéronme que Lullier la firmaba, pero yo no lo vi. Después me dirigí á muchos oficiales de la guardia nacional, entre otros Ferré, rogándoles que prendiesen al asesino Adancourt; fueron, en efecto, á prenderle en el puesto de guardia del Hotel de Ville; atronó de pies y manos y le registraron, encontrándole en las botas 24.000 francos en bonos del Tesoro. Entonces le encerraron en un calabozo por asesino y ladrón. Mas tarde supe que se había escapado, pero que le cogieron de nuevo por orden de Assi y le encerraron en Mazas.

Gustavo Eugenio Miguel Gerard, fabricante de productos químicos, declara que Assi, estando el ausente de París, fué á su casa en busca de catéchu y de sulfuro de carbono. A su vuelta, el testigo fué á casa de Assi y le manifestó que la fábrica de esos productos estaba en Argenteuil, dentro del límite señalado por los prusianos para la neutralidad, y que, por consiguiente, no podían proveerse allí. Assi habló entonces de montar una fábrica en París, pues necesitaba grandes cantidades de catéchu y sulfuro de carbono, y acabó por pedirle que le enviase como muestra tres kilogramos. El sulfuro de carbono se disuelve en el fósforo y la disolución arde en condiciones de intensidad terribles y es explosivo. El testigo cree que se trataba de la fabricación de bombas.

Assi.—No son tres kilogramos, sino 300 gramos los que yo pedí, y yo no he tomado nada porque después encontré catéchu en gran cantidad.

El Sr. Bigot, defensor del acusado.—¿Qué precio tiene el sulfuro de carbono?

El testigo.—80 francos el kilogramo.

El Sr. Bigot.—¿Ese sulfuro es explosivo?

R.—Evidentemente.

El Sr. Bigot.—No es tan evidente; puesto que el sulfuro de carbono y el ácido carbónico que se desprende por combustión del mismo, apagan el fuego y se emplean contra los incendios.

El testigo.—La teoría del señor abogado defensor me parece una monstruosidad; el sulfuro de carbono es el más inflamable de todos los líquidos.

El acusado niega desear haber firmado una orden para prender al general Ricour si este se negaba á entregar el fuerte de Vincennes.

El teniente de infantería Serre declara que estaba detenido en el cuartel Loban el 22 de Marzo, cuando un guardia, llamado Adancourt, llevó una orden para ejecutar al capitán Combes, detenido también, y al mismo teniente Serre. Al capitán le asesinaron los guardias é bayonetas; el teniente recibió una bala en el pecho, pero pudo conseguir que le condujesen ante el comité central, y allí Assi se ocupó de él con mucha caridad, vendando su herida y dándole escucha que le condujese al hospital. Durante su estancia en el hospital, Assi fué á verle y le dio 500 francos; y cuando estuvo restablecido le dio un empleo en las oficinas del material, pues rehusaba servir activamente á la Commune.

El Sr. Bigot pide que la testigo diga lo que sepa de la mujer Francoise.

La testigo.—Francoise era mujer de un gendarme, fué presa por los individuos de la Commune; yo rogé á Assi que tuviera compasión de ella, y Assi, sin que lo supieran sus colegas, la hizo salir de París.

El Sr. Ernesto Picard.—Es muy sencillo. Poco antes del 18 de Marzo me anunciaron dos oficiales delegados del 183 batallón de la guardia nacional. Assi era uno de ellos. Querían hablarme de la paga de Abril que una ley prohibía satisfacer. No ha habido otra cosa.

El Sr. Bigot.—¿No había tenido el testigo relaciones anteriores con Assi?

R.—Picard.—Cuando Assi fué al Creuzet me envió una carta certificada, en la cual pedía una consulta sobre las condiciones. Uno de mis colegas consistió en evacuar la consulta; y yo la firmé. Poco después Assi vino á darme las gracias con uno de sus camaradas. Tales son mis únicas relaciones con Assi.

Assi, volviendo á su entrevista con el Sr. Picard poco antes del 18 de Marzo.—Yo dije al Sr. Picard que la guardia nacional estaba cansada con tantas patrullas inútiles como le obligaban hacer, y que creía ver en eso un medio empleado por el gobierno para obligar á rendir las armas. El Sr. Picard me preguntó: ¿Y por qué vigila en Montmartre los cañones que no le pertenecen? Yo respondí: Esos cañones pertenecen á la ciudad de París, y no al gobierno.

El testigo.—Muchas veces he oído formular esa pretensión de que los cañones pertenecían á la guardia nacional y siempre he sostenido que eran propiedad del Estado.

El señor presidente.—La guardia nacional es descontentadiza por naturaleza. Pero son muy extrañas las pretensiones que tienen los guardias de seguir armados á pesar del gobierno. También los soldados tienen armas y las entregan; cuando viajan no las necesitan.

El Sr. Bigot, volviendo á la cuestión de los cañones, dice que el gobierno trató de transigir con la guardia nacional para que le entregase los cañones de Montmartre apuntados contra París. Por un momento el comité central estuvo de acuerdo con el gobierno y el Sr. Picard aseguró al Sr. Lafont, adjunto á una alcaldía, que no se intentarían medidas violentas.

El señor presidente.—No puedo consentir que digais que el gobierno ha estado de acuerdo con el comité central.

El señor comisario del gobierno.—Me asocio á las palabras del señor presidente.

El Sr. Picard.—Todo eso es completamente inexacto. Lo cierto es que el gobierno ha esperado contando con el buen sentido de la población, y nadie ignora que tuvo bastante paciencia.

El señor presidente.—Demasiada paciencia.

El Sr. Picard.—Fueron llamados los alcaldes de la ciudad, y el ministro del Interior les instó para que hicieran los esfuerzos posibles para conciliarlo todo. Esto fué inútil y lo demás es conocido.

El Sr. Bigot.—Deseo preguntar al testigo si el 6 de Marzo no se dirigió colectivamente los alcaldes y adjuntos de París al Sr. Picard y al Sr. Aurelle de Paladines. Entonces tuvo lugar una reunión; habíase convenido en que los Sres. Clemenceau, Lafont y otros usarían de su influencia en sus barrios respectivos para que fuesen devueltos los cañones, sin efusión de sangre. De repente, el 16 de marzo, apareció el decreto del general Vinoy suprimiendo seis periódicos; entonces esos señores fueron á decir al Sr. Picard que esa medida había llevado á su colmo la efervescencia, y que ya no podrían obtener, como se habían comprometido, la rendición de los cañones. Por la noche hubo junta en casa del señor Picard, y el Sr. Lafont dijo: «Por evitar la guerra civil hagámoslo todo.» Después de esto se llegó á un completo acuerdo, y el Sr. Picard no debía intentar nada contra los cañones sin avisar previamente á la municipalidad del 10.º distrito, y la prueba es que el Sr. Lafont, contando con ese compromiso, salió de París para ir á reunirse con su familia, y no volvió hasta el 20 de Marzo, cuando ya era tarde. ¿Es exacto todo esto?

El testigo.—No puedo aceptar de ningún modo el relato que acabáis de hacer. El Sr. Lafont no pidió concesiones al ministro del Interior las prometió al Sr. Lafont. No puedo consentir que se diga que por parte del gobierno hubo provocación á la guerra civil; ante por el contrario, tuvo una paciencia que ha sido muy censurada por muchas personas que no conocían sus verdaderas causas. La verdad de todo esto, es, lo repito, que hubo una reunión de alcaldes y que muchos de ellos, entre otros los Sres. Clemenceau y Lafont, se comprometieron á emplear su influencia para que fuesen devueltos los cañones sin que la tropa intervenga.

El Sr. Bigot.—Pido permiso para leer la declaración escrita del Sr. Lafont, el cual se encuentra en un folio.

El resumen de la declaración es como sigue: A la noticia de la entrada de las tropas prusianas en París prodijose una gran agitación popular, y los nacionales trasladaron muchos cañones desde la plaza Wagram á la Montmartre.

El 6 de Marzo tuvo lugar una reunión de alcaldes bajo la presidencia del señor ministro del Interior, y se decidió que se procurara recobrar los cañones, pero de acuerdo con la guardia nacional, y que el gobierno no intentaría nada como no fuese de acuerdo con las municipalidades. El 12 de Marzo fueron suprimidos seis periódicos radicales, y al mismo tiempo los consejos de guerra pronunciaron las sentencias á muerte por los sucesos del 31 de Octubre. La situación empeoró. El general Aurelle de Paladines ofreció colocar los cañones en un local, cuya custodia debía confiarse á la guardia nacional, con la cual subsistía el buen acuerdo. Al día siguiente, prosigue el testigo, supe que se trataba para y simplemente de quitar los cañones, y que a este fin había caros preparados en la iglesia de la Trinidad. Recordamos al general Aurelle los compromisos contraídos; vimos al señor ministro del Interior, que estaba inquieto por la situación, y no renovó la promesa de que no se haría nada sin nuestro concurso. Completamente tranquilizado parti para Montpellier, donde estaba mi familia. Cuando volví el 20 de Marzo era ya tarde. Estoy convencido de que el gobierno hubiera podido evitar esas desgracias observando otra línea de conducta.

El señor presidente.—Los testigos como este son los que incitan al desmesurado orgullo de la guardia nacional.

El Sr. Picard.—Tengo que protestar contra todo eso. El ministro del Interior deseaba vivamente que se hiciera posible un acuerdo pacífico; pero no se comprometió á nada. Tenía informes acerca del comité central, de sus manejos, de los elementos extranjeros que había en la guardia nacional y que conspiraban hacia tiempo. El ministro estaba penosamente afectado y muy inquieto por esa situación; pero llegó en cuanto á mí se refieren los hechos consignados en la declaración que acaba de ser leída.

El señor presidente.—Por otra parte, el Sr. Lafont no estaba autorizado para recibir tales compromisos.

El Sr. Picard.—Y por cima del ministro del Interior estaba el comandante del Estado de sitio.

El Sr. Laviolette.—¿No creía la guardia nacional, con razón ó sin ella, que los cañones que había pagado con su dinero, le pertenecían?

El testigo.—Sí, tal era la opinión de algunos; pero no la mía; esos cañones pertenecían al Estado.

El Sr. Laviolette.—¿Estaban guardados los cañones el 18 de Marzo?

El testigo.—Muy mal. Por otra parte, no hay para qué repita yo aquí lo que sucedió el 18 de Marzo. Pido retirarme.

El señor presidente.—Puede retirarse.

Después de algunas palabras del Sr. Bigot para explicar por qué quería que hubieran comparecido como testigos los Sres. Rochefort y Rossel, los cuales se han negado creyendo que se trataba de una exhibición, es oído el capitán Bougnot que presenció los fusilamientos de los generales Lecomte y Thomas.

El señor presidente.—Decid lo que pasó el 18 de Marzo.

El Sr. Bougnot.—Yo no era oficial de órdenes del inolvidable general Dectomte, como se ha dicho, sino del general Le Fló, ministro de la Guerra. El 18 de Marzo por la mañana me enviaron para saber si se había conseguido quitar los cañones de Montmartre.

El señor presidente.—¿Conocéis al acusado Assi?

El testigo.—No, señor.

Assi.—¿Es decir que yo no presidía el comité de la calle Rosiers?

El testigo.—Cuando nos llevaron á la calle Rosiers, solo vi allí á un capitán llamado Mayer y un comandante llamado Werch, que se mostraron muy benévolos conmigo, y á quienes debo gratitud, pues me pusieron en libertad.

El Sr. Boyer.—¿Sabe el testigo si las ejecuciones se verificaron por orden del comité central?

El testigo.—Lo ignora. Gracias al comandante Mayer, del 79.º batallón, fui conducido á un entresuelo donde vivía un tal Jaclard, el cual parece que tenía mucha influencia en el barrio, y firmó la orden para que me pusieran en libertad con los cinco oficiales presos en Chateau-Rouge.

Ferré.—Me alegro mucho de este incidente, pues yo soy quien dió la orden para poner en libertad á ese señor. No quisiera testigos para probar este hecho, pues mi denuncia hubiera comprometido á unos y á otros; no sé dónde se encuentran.

El testigo.—El llamado Jaclard firmó la orden á que me refiero.

Ferré.—Yo sustituí á mi amigo Jaclard en aquel momento. No proporcionaron vestidos de paisano al testigo.

El testigo.—De ningún modo. Yo no vi al Sr. Ferré en todo aquel día.

Ferré.—Yo os he salvado, caballero.

El Sr. Boyer.—¿Puede decir el testigo si hubo sentencia del comité central?

El testigo.—No lo sé; pero cuando nos condujeron á la calle Montmartre con el general Lecomte, no cesaban de hablar del comité. No decían central, sino solamente: ¿Vais á ser juzgados por el comité? Las últimas palabras del general fueron estas: «Haced que nos juzgue el comité».

Billory.—Si el señor presidente lo permite, yo puedo explicar eso; en cada distrito había un comité de vigilancia, y á ese se referían. El comité central estaba en la calle Basfroi.

El Sr. Bigot.—El testigo ha publicado en el Soir un relato de la muerte de los dos generales. ¿Puede decirnos que hombres hicieron fuego?

El testigo.—No. Desde el punto donde yo estaba era imposible ver lo que pasaba en el jardín.

El Sr. Bigot.—Sin embargo, el testigo ha escrito en el citado periódico: «Tenemos el dolor de declarar que los soldados del 88 de línea hicieron fuego contra el general Lecomte y los guardias nacionales contra el general Thomas».

El testigo.—Lo he escrito porque me lo dijeron; pero no lo he visto.

El señor comisario del gobierno.—¿A qué hora fué preso el general Lecomte?

El testigo.—Me llevaron al Chateau Rouge á las nueve y cuarto y el general estaba ya allí.

El señor comisario del gobierno.—¿A qué hora fué ejecutado?

El testigo.—A las cinco.

El señor comisario del gobierno.—Por consiguiente, mediaron ocho horas entre la prisión y el asesinato.

La fisonomía de las audiencias del día 16 presenta un rasgo particular y característico, y es el contraste de la jurisdicción militar tan severa y poco dada á divagaciones con la cohorte de abogados de la defensa, la mayor parte de ellos imbuidos en las mismas ideas que sus defendidos y plagados de la manía de argumentar y retóricas á diestro y siniestro. Los abogados fraternizan con los acusados más de lo que convendría á su dignidad. Los acusados, por su parte, envayados con la ayuda que les prestan, muestran una arrogancia que, como ya hemos dicho, no procede de la firmeza de convicciones, sino de la ceguera del orgullo. Pero es lo cierto que sus respuestas altaneras son leídas con indigna complacencia por los muchos comuneros que aun quedan en París y que con esos estímulos se preparan para nuevos atentados y se atraen numerosos prosélitos.

La llama socialista es demasiado profunda en Francia para que sea posible hacerla desaparecer con medidas de rigor, y si es indispensable que la sociedad castigase seriamente á los que han atentado contra su existencia y han acometido al gobierno legítimamente establecido por ella, no cabe duda que el único preservativo ulterior contra nuevas conexiones es un esfuerzo enérgico de todas las personas sensatas para extirpar los errores socialistas en las inteligencias.

Sea como quiera, la audiencia del día 16 empezó á las doce y media y el señor presidente dijo: «¡Que comience!»

Los señores abogados de la defensa han pedido que se les comuniquen los autos originales que obran en poder de los jueces de instrucción. Les aviso que desde hoy esos autos están á su disposición en la escribanía.

Es introducida una mujer, llamada Thais, portera del ministerio de Hacienda.

P.—¿Vos estáis en el ministerio el día en que se incendió? ¿Cuál fué la causa del incendio?

R.—Lo ignora una buena.

P.—¿No habéis visto introducir unos barriles en el patio del ministerio?

R.—No, señor.

P.—¿Lo ha visto vuestro hijo?

Es interrogado un muchacho que acompaña á la testigo.

P.—¿Habéis visto introducir barriles en el ministerio?

R.—Sí, señor.

P.—¿A la singular? ¿Y vos no habéis dicho que el fuego era muy singular, pues el agua lejos de extinguirlo, parecía estimularlo?

R.—Sí, lo he dicho, el agua parecía afear el fuego y las llamas subían cada vez mas.

Jourde.—En el ministerio hubo dos incendios: el del 22 de Mayo, causado por una bomba; estando yo allí, el cual fué apagado en breve, y el del 24 de Mayo estando yo me había marchado.

El Sr. Deschamps.—El ministerio ha estado ocupado durante mucho tiempo por los federales; allí llevaban muchos vivres, y no es extraño que introdujeran barriles.

El señor comisario del gobierno.—Yo probaré que esos incendios estaban premeditados, hace mucho tiempo.

El hecho de la introducción de materias inflamables en los edificios públicos está completamente probado.

Se pasa al interrogatorio de Trinquet.

El señor presidente.—Trinquet, levántaos, vamos á interrogaros. Habéis sido sentenciado á seis meses de prisión en Febrero de 1870 por llevar armas prohibidas.

R.—Sí, señor, y en Marzo á tres meses de cárcel, por haber gritado: ¡Viva la república!

P.—¿Os habéis ocupado mucho de política?

R.—No, señor.

P.—¿Ibais á las reuniones públicas?

R.—Solo he ido cuando las elecciones de Gambetta y Rochefort.

P.—¿Habéis sido portero?

R.—Sí, señor.

P.—¿Os nombraron individuo de la commune por el 20 distrito?

R.—Sí, el 16 de Abril.

P.—¿Gozabais, pues, de alguna consideración política en el distrito?

R.—Sí, señor; yo era conocido como sincero republicano.

El señor presidente recuerda á Trinquet los cargos que resultan contra él como individuo de la commune.

El acusado responde que no votó todos los decretos, pero que acepta la responsabilidad de sus actos.

P.—¿Votasteis por la demolición de la columna Vendôme?

R.—No; yo no asistí á aquella sesión; pero de lo contrario, hubiera votado por la demolición.

P.—¿Estáis también acusado de complicidad en los asesinatos?

R.—He habido muchas ejecuciones en vuestro distrito. Se os acusa de haber tomado parte en el asesinato de Rautt, oficial de los guardias de la paz, el cual fué preso por orden del comité central, y logró escaparse; le encontraron el día 24, y como rehusaba hacer fuego contra la tropa, fué fusilado al día siguiente en vuestro distrito, á vuestra presencia, y vos disparasteis contra él un revolver.

Trinquet.—Es inexacto.

El acusado conviene en seguida en que celebraba matrimonios civiles, y dice que no tiene por qué negar ningún acto de su administración y que solo siente

que no le hayan matado para no asistir al deplorable espectáculo que ofrecen sus colegas declinando la responsabilidad de sus actos. Rechaza la acusación de incendiario. Eramos insurrectos, añadió, y no queríamos combatir sino con las armas en la mano.

El tribunal llama á los testigos, y se presenta el primero un Sr. Morisoli, empleado en la alcaldía del 20.º distrito.

P.—¿Sabeis si Trinquet estuvo en la ejecución de Rautt?

R.—Sí, señor; fué en el patio de la alcaldía. El individuo fusilado, en cuanto pude ver, llevaba un pañetot azul. Trinquet tomó parte en la ejecución. Se adelantó y disparó su revolver contra Rautt. (Movimiento.)

Trinquet.—Esto es un error.

P.—¿Testigo, ¿habéis visto bien?

R.—Perfectamente: era él. (Movimiento.)

Trinquet.—El testigo se ha equivocado.

El Sr. Robin, empleado en la misma alcaldía.—El día 25 he visto fusilar á un infeliz. Trinquet estaba presente; después de la primera descarga se aproximó é hizo fuego con su revolver contra el pobre hombre tendido en tierra.

P.—¿Habéis visto á Trinquet disparar? ¿Le habéis visto con vuestros propios ojos?

R.—Le he visto y reconocido al acusado por ser el mismo que disparó con un revolver. (Prolongada sensación.)

P.—¿Pero ¿habéis visto?

R.—Sí, señor, desde un entresuelo donde estábamos. Trinquet.—¿Me ha reconocido bien? ¿Cómo ibo, yo vestido? ¿de guardia nacional? Allí había otras personas.

El testigo.—Me sería difícil decir como estaba vestido Trinquet. Lo que estaba sucediendo era demasiado horrible para que nos fijásemos en los detalles.

El Sr. Denis.—¿Cuándo ha hablado el testigo del hecho por primera vez?

R.—El comisario de policía tuvo conocimiento de él y dos mandó llamar para interrogarnos.

El Sr. Denis.—¿Y no podéis indicarnos como iba vestido Trinquet?

R.—Creo que llevaba el uniforme de guardia nacional.

El acusado Trinquet.—Yo acepto la responsabilidad de todos los actos de la Commune, salvo los incendios y las ejecuciones. Yo me hallé presente á la de Rautt, pero no tomé parte en ella.

Dervin, joven de diez y seis años.—Fui detenido por los guardias nacionales como apio para tomar las armas. Lleváronme ante una comisión y reconocieron que no tenía la edad (se necesitaba tener 17 años); pero me obligaron á quedarme con ellos para escribir en una oficina. He oído decir á los federales que era menester fusilar á todos los gendarmes y guardias municipales. Trinquet, decían, piensa de distinto modo, pero precipitamos de su consentimiento.

El contraste de la voz infantil del testigo con el papel que intentaba hacerle representar causa cierta impresión en el público.

SECCION OFICIAL.

Por el ministerio de Gracia y Justicia, se publica en la Gaceta de ayer el siguiente decreto con fecha 8 del corriente:

Artículo 1.º La planta de la secretaría de dicho ministerio, que se compondrá por ahora del subsecretario, jefe superior de Administración, con sueldo anual de 12.500 pesetas; de un jefe de sección, jefe de Administración de primera clase, con el sueldo de 10.000 pesetas; de dos oficiales primeros, jefes de Administración de segunda clase, con el de 8.750; de dos oficiales segundos, jefes de Administración de tercera clase, con el de 7.500; de seis auxiliares jefes de Negociado, con el de 5.000, y cuatro de tercera, con el de 4.000; de otros 18 auxiliares, oficiales de Negociado, tres de primera clase, con el de 3.500; cinco de segunda, con el de 3.000; cinco de tercera, con el de 2.500, y cinco de cuarta, con el de 2.000, y del número de aspirantes sin sueldo que se crea necesario para el mejor servicio.

Art. 2.º Para ocupar cualquiera plaza de las designadas en el artículo anterior, es indispensable tener la cualidad de abogado, cuyo título se haya obtenido en la Universidad costead por el Estado.

Art. 3.º La mitad de las vacantes que ocurran de jefes de sección, oficiales y auxiliares hasta la clase de sextos inclusive se dará al ascenso y la otra mitad será de libre elección.

Art. 4.º Todas las vacantes de auxiliares de la clase de séptimos se proveerán precisamente entre los aspirantes sin sueldo actuales, y que para lo sucesivo ingresen en la secretaría, con las condiciones y formalidades que se prefiere en un reglamento especial.

Art. 5.º Los que, comprendidos en el art. 1.º hubiesen obtenido y desempeñado sus respectivos cargos antes de la promulgación de la ley provisional sobre organización del poder judicial, conservarán su categoría y el derecho que les concede la disposición 10 de las transitorias de la misma ley.

Art. 6.º Podrán ser nombrados subsecretarios, jefes de sección, oficiales y auxiliares del ministerio de Gracia y Justicia, los magistrados, jueces y funcionarios del ministerio fiscal, activos y cesantes, conservando la categoría y lugar que en el escalafón de su respectiva carrera ocupen, pero sin que puedan ascender en ella á no ser en el turno de antigüedad, según la que los corresponde por el mismo escalafón, y percibiendo únicamente el sueldo del destino que en dicha secretaría desempeñen.

Art. 7.º El número de escribientes, porteros y mozos será el que existe actualmente.

Art. 8.º La planta del archivo del ministerio de Gracia y Justicia se compondrá de un archivero, oficial de negociado de primera clase, con sueldo anual de 3.500 pesetas; de un oficial de negociado de segunda clase, con el de 3.000; de uno de tercera, con el de 2.500; de uno de cuarta, con el de 2.000, de tres auxiliares con el de 1.500, y de un escribiente con el de 1.000.

Art. 9.º Quedan derogados todos los decretos y disposiciones anteriores referentes á organización de la secretaría y sus dependencias en cuanto se opongan al presente.

Por decretos de igual fecha, se nombra jefe de sección de la misma secretaría, á D. Cayetano Manrique; oficiales primeros, á D. Feliciano Ramírez Arellano y D. Antonio Díaz Calabate, y segundos, á D. Julian Santín de Quevedo, y D. Máximo Sánchez Ocaña, entendiéndose todos estos nombramientos en comisión.

Se deja sin efecto, en virtud de la nueva organización, el decreto de 17 de Julio último, nombrando á don Vicente Lozano, oficial segundo de la secretaría.

Se nombra Presidente de Sala de la Audiencia de Madrid, á D. Ricardo Díaz Rueda, en la vacante que resulta por salida á otro destino, de D. Alonso Gil Sanz.

Por real orden del ministerio de Hacienda de 24 de Julio último, se dispone que las Aduanas de Puerto Rico, Cuba y Filipinas, en vez de registros provean á los capitales ó cargadores de unas «certificaciones» en que declaren